

March 2013

Multitud y memoria en El padre mío de Diamela Eltit

Érika Almenara
University of Michigan

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences>

 Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Almenara, Érika (2013) "Multitud y memoria en El padre mío de Diamela Eltit," *Dissidences*: Vol. 5 : Iss. 9 , Article 2.
Available at: <https://digitalcommons.bowdoin.edu/dissidences/vol5/iss9/2>

This Article / Artículo is brought to you for free and open access by the Journals at Bowdoin Digital Commons. It has been accepted for inclusion in Dissidences by an authorized editor of Bowdoin Digital Commons. For more information, please contact mmcderm2@bowdoin.edu.

Multitud y memoria en El padre mío de Diamela Eltit

Keywords / Palabras clave

Eltit, Chile, América Latina, Latin America, El padre mío

Multitud y memoria *en El padre mío de Diamela Eltit*

Érika Almenara / University of Michigan

“Desde el jirón se recompone la memoria traumática” (13), reza una frase de Diamela Eltit en su prólogo a *El padre mío* (1989). En este libro, la escritora chilena recoge la palabra de un esquizofrénico y la presenta como testimonio de la dictadura de Augusto Pinochet en tres instancias que contienen la transcripción sin editar de su habla. En mi lectura del libro, percibí que el jirón posibilita —a partir de su incesante reproducción y reordenamiento— una constante producción de sujetos e identidades que hacen posible la emergencia de una multitud. Sin embargo, el jirón, al cual me referiré de ahora en adelante como fragmento, permite también la construcción de una memoria que es “reinterpretación del pasado [y mantiene] el recuerdo de la historia abierto a una incesante pugna de lecturas y sentidos” (Richard 27). En el presente ensayo, pues, me propongo analizar la manera en que trabajan el fragmento^[1], su repetición y la disolución del yo, producidas a partir del no-lenguaje^[2] del esquizofrénico, para facilitar la eclosión de la multitud y la práctica de una memoria traumática que se re-narrativiza, impidiendo así un cierre definitivo del pasado.

El fragmento

Al introducir el sujeto al que da voz el texto, Diamela Eltit expresa que éste se encuentra “desposeído, carente de lenguaje oral” (14), agregando además que su habla refleja una honda crisis del lenguaje. Reconoce, así mismo, que el mundo en el que habita se revela como un espacio cruzado por energías y sentidos diferenciadores, lo que nos permite pensar al libro como una zona de intersección atravesada por fragmentos que gozan de “urdimbres semiocultas formadas por lo que no recibe una definición precisa, una explicación segura, una clasificación estable” (Richard 12), como notamos en la siguiente cita:

Usted me lleva con el plan de eso. —¿Cómo no voy a saberlo yo? —, si yo soy el hombre que voy a dar las órdenes aquí yo. Voy a dar las órdenes en el país. Porque yo no tengo compromisos con ellos ni con el rey Jorge, que está últimamente dando las órdenes, que posee ese rango. (23)

Estos fragmentos no reconocen un centro, sino que permiten conjeturar múltiples significaciones de las palabras y nombres a los que aluden. Se descubren como “figuras en abismo vaciadas de interioridad [...] simbolismos fracturados” (13), que poseen una presencia lingüística que no tiene principio ni fin. Su contenido informativo no presenta una estructura de sentido de la cual confiarse, puesto que dichos fragmentos no se encuentran atravesados por hilo conductor alguno. Son móviles e independientes, viven a la intemperie, en constante circulación dentro de un espacio que ha sido separado de aquél en el que orbitan las reglas y significaciones del poder oficial, pues, interrumpen “the flow of constructed memory and plac[e] stress on [its] systems of power” (Young 516).

Así, caemos en cuenta de que en El padre mío se rompe con la narración “socially inteligible” (Lazarra 2) y se sobrepasa las macro narrativas teñidas por el denso halo de la historia hegemónica. Éstas, debido a la pobreza y simpleza del lenguaje por el que apuestan en su intento de construir una

memoria estática y uniforme, nos relegan a la lectura de ‘palabras sin cicatrices’ que “dejan fuera de sus hablas diligentes toda la materia herida del recuerdo [...] encriptándola en una temporalidad sellada” (Richard 31). Dichas narrativas no admiten reinterpretar de forma constante y abierta el pasado, a partir de perspectivas e hipótesis que estén dispuestas a una nueva interpretación.

La memoria que produce el esquizofrénico, por el contrario, se traduce como un sector en el cual se reúnen y confluyen una serie de miradas y momentos que, de ninguna manera, devienen en el término de su proceso, sino que más bien están en un constante tráfico y diálogo con el pasado, “beyond what we have in the hegemonic discourses of the present, and therefore, potentially constitutive of alternative critical pathways” (Williams 19). Su narrativa no exige la permanencia dentro de un margen cerrado en el que se impongan totalidades, conclusiones o finales cerrados a los que aspiran documentos como el Informe Rettig o los gobiernos de la llamada transición chilena al solicitar a través de ésta “reconciliation and consensus” (Lazarra 16), sepultando “el recuerdo mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas” (Richard 30). Al respecto, Nelly Richard observa que:

Parecería entonces que el consenso político es sólo capaz de ‘referirse’ a la memoria (de evocarla como tema, de procesarla como información), pero no de practicarla ni tampoco de expresar sus tormentos. ‘Practicar’ la memoria implica disponer de los instrumentos conceptuales e interpretativos necesarios para investigar la densidad simbólica de los relatos; ‘expresar sus tormentos’ supone recurrir a figuras del lenguaje (símbolos, metáforas, alegorías) suficientemente conmovibles para que entren en relación solidaria con la desatadura emocional del recuerdo. El consenso que reprime esta desatadura emocional del recuerdo sólo nombra a la memoria con palabras exentas de toda convulsión de sentido, para no alterar el formulismo minuciosamente calculado del intercambio político-mediático. (Richard 32)

De acuerdo a las palabras de Richard, entendemos que El padre mío invita a la práctica de una memoria que se encuentra constantemente en movimiento, que nunca es procesada del todo para permanecer, ya luego, estática, sin gozar de un continuo análisis como lo plantean la historia hegemónica y el consenso político. Así, a través del fragmento, la memoria se hace intermitente y en

cada uno de sus brillos expone nuevas ráfagas de sentido y afecto como notamos en el tratamiento que ofrece el texto, por ejemplo, de la palabra *órdenes* en diferentes estancias del libro:

Voy a dar las órdenes en el país. Porque yo no tengo compromisos con ellos ni con el rey Jorge, que está últimamente dando las órdenes, que posee ese rango. [...] El Padre Mío da las órdenes ilegales en el país. (23) [...] El Padre Mío da las órdenes a todos ustedes, ilegal. (25) [...] Le da las órdenes al rey Jorge que vive en la calle Zapadores, él vive por acá. (26) [...] Pero usted me sacó una fotografía, puede perder la existencia de la vida porque yo soy un hombre poderoso al dar las órdenes, ya que no las he dado todavía, ni las he solicitado. (27)

Observamos que en la cita, la palabra *órdenes* orbita alrededor de distintos contextos y espacios y en cada uno de sus desplazamientos recibe una posición distinta que le otorga un valor diferente. Los resultados múltiples sobre los cuales nos lleva a elucubrar el término y sus usos, permiten diversas entradas de pensamiento y memoria, también, debido a las otras palabras que acompañan a dicho término en su emisión como lo son: rango, compromiso, ilegal, ustedes, país, etc. En El padre mío se procura, así, un persistente descenso y ascenso hacia un imaginario en el que es posible llevar a cabo la desatadura del recuerdo sobre la que nos habla Richard desde diferentes perspectivas.

Nos es posible notar, así, que el fragmento esquizofrénico “un-speaks” el discurso hegemónico para producir uno distinto a través del cual es posible transgredir su equilibrada representación del pasado tanto como su “empeño en suprimir todos los códigos de equivalencia sensible entre lo dañado y las redes de translación del recuerdo” (Richard 15). Su narración teje y desteje, des-ordena y ordena, destruye y crea, deviniendo constantemente en una re-emergencia de los contenidos. Debido a su no-estructura es posible que dichos fragmentos vuelvan, una y otra vez, a ser organizados, comprendiéndolos siempre desde una óptica distinta, permitiéndonos una lectura de la memoria, justamente, cambiante y dinámica, como en el caso de la palabra *órdenes* que acabamos de analizar. Se da cuenta, pues, de la esencia preformativa en que la memoria incorpora al pasado, en que la falta de claridad producida por medio del caos del fragmento, detona la emergencia de “another kind of truth” (Lazarra 33).

El fragmento esquizofrénico se delinea como posibilidad de apertura en esa “alternative logic” (Lazarra 41) que supone para dar tratamiento y representación de la memoria traumática, convirtiéndose en “a reservoir of hidden meaning” (Lazarra 42). Asimismo, encarna un flujo que no asume límites, que no encasilla, que es siempre movimiento y no se estanca: un proceso siempre en proceso que interrumpe el *continuum* de la versión ofrecida por los vencedores y “va[n] dejando así estelas incorpóreas [...] que surgen a modo de fisuras sin suturar cuyas cicatrices se imprimen con fuerza desestabilizadora” (Moreiras-Menor 29).

La repetición

Ya que nos hemos adentrado al análisis del fragmento esquizofrénico resaltando que éste permite una práctica de la memoria, nos corresponde ahora estudiar el efecto que produce su repetición. En el siguiente párrafo extraído del libro, observamos que la palabra *medicamento* se repite varias veces y que en cada aparición presenta un efecto distinto. Asimismo, nos percatamos de que la palabra aparece sola en ciertas instancias, mientras que en otras lo hace acompañada de términos que la modifican y le proporcionan otras posibilidades de significación, como en los casos de “el procedimiento del medicamento” y “el compromiso con el medicamento”. Así, al parecer, se estaría hablando de diferentes *medicamentos*, duda frente a la cual nos es imposible hallar certeza, por lo que como lectores sólo nos queda asumir la potencialidad de múltiples significantes que se pueden producir en cada aparición del término:

Yo fui solicitado para representar las garantías bancarias y el medicamento en compromiso, ya que yo superé al señor Colvin, al cantante Argentino Ledesma lo superé yo como cantor [...] yo como cantante a mí me echaron sin el procedimiento del medicamento. [...] Porque él se quedó negro de la piel y con el medicamento que tiene en compromiso hizo un negocio. Y le conviene a él, ya que toda persona que tiene el compromiso con el medicamento en el personal de la Administración, prefiere deshacerse, en complicidad con el Padre Mío con el cual trabaja en ese

negocio ya que el medicamento no le cuesta nada a él. El medicamento no le sirve a otras personas que lo representan, pero ellos representan las garantías ilegales siempre. (32)

Esta repetición supone que se genere un perpetuo eco en el que dicho fragmento transita sin detenimiento, atribuyendo una trascendencia distinta en cada una de sus apariciones; es decir nunca se repite como tal, ya que “puede ser modificado o corregido de acuerdo a la necesidad” (Negri 125) de reinterpretación del sentido. Esta constante re-actualización nos permite constituir una memoria nunca pasiva ni definitiva, y, además, se descubre como una fuente infinita de conocimiento, en la medida en que un fragmento nos conduce siempre a otro. El fragmento repetitivo se traduciría en “una causa verdadera [...] que comienza su acción y nunca deja de comenzarla” (Negri 94), permitiendo, pues, las diversas interpretaciones de la historia y la memoria a las cuales me refería en las páginas anteriores.

Cabe mencionar que esta operación no parece llegar a un término debido a que nuestras posibilidades como lectores son inagotables; puesto que, no es en el texto donde se halla la estructura sobre la cual organizar cada nueva repetición del fragmento, sino en la experiencia del lector, ya que es él quien rompe “el molde del sentido prefabricado con el deshacer y rehacerse de una subjetividad libre de dejarse atraer por lo desconocido de categorías y palabras vagabundas” (Richard 23). A este respecto, la repetición del fragmento concede flexibilidad y libertad al lector para organizar su propia memoria y en este gesto, estimo yo, se transgrede también la opresión perpetrada por el poder dictatorial.

Por otro lado, las distintas repeticiones del fragmento no “occupies a determinant extent of space [nor] occupies it exclusively” (Weber 115), por lo que podemos pensar en las nociones de espacialidad y atemporalidad que propone el texto en relación a la memoria traumática. A este respecto, Cristina Moreiras-Menor señala que:

La memoria se constituye [...] en la medida en que su puesta en escena conlleva necesariamente tanto una elaboración crítica de la historia vivida y del modo determinado en que ésta es recordada como de las elipsis a las que esta historia está sometida. Este proceso de elaboración crítica, motor de la construcción del sujeto y de su particular entendimiento de la realidad, lleva la representación al límite en la medida en que se produce sobre la base de una dislocación temporal (la memoria diferida) en la que se asienta la reconstrucción del suceso (su recuerdo) desde sus efectos desplazados en las marcas trazadas en la experiencia presente. (122-23)

De acuerdo a la cita referida, notamos que la base para la creación de la memoria es la dislocación temporal, la cual posibilita la reconstrucción del suceso—en nuestro caso el trauma sufrido a partir de la dictadura militar—de forma desplazada y distinta, tal y como lo llevan a cabo los fragmentos repetitivos y desorganizados producidos por el esquizofrénico. Sin embargo, dicha dislocación posibilita también la elaboración crítica de la memoria al repetirla en distintos escenarios y bajo diversas miradas, analizando el pasado a partir de contingencias contrarias. Asimismo, la explicación de Moreiras-Menor nos recuerda sobre la imposibilidad que supone deshacerse del pasado, en la medida en que éste retorna de forma impercedera y a través de distintos referentes en el presente; así, el fragmento se traduce en un “constant reminder of the recent past and the history that is still being placed out in the hinterlands of the city” (Young 524).

A este respecto, vale agregar que en “The Work of Art in the Age of its Technological Reproducibility”, Walter Benjamin procura un análisis del concepto de *aura*. Para ello, parte explicándonos que a través de la reproducción de la obra de arte, ésta pierde los valores de “here and now” (254); es decir, su existencia y su valor únicos en un lugar particular y determinado se ven disueltos. La idea de reproducción nos coloca frente a una dicotomía que plantea una relación antagónica entre permanencia / singularidad y transitoriedad / repetición. Este último par, entiendo, es por el cual apuesta Benjamin, ya que el binomio permanencia / singularidad propone un pensamiento limitante sobre la obra de arte debido a que valida la existencia de un *continuum*.

Considero que este análisis nos es útil para pensar la repetición del fragmento con respecto a la representación y construcción de la memoria, en cuanto a que ésta cancela los valores de “here and

now” sobre los cuales hace referencia Benjamin. El fragmento siempre transitorio se traduce en re-actualización y re-nacimiento de dicha memoria, cancelando toda propiedad fija y estanca, produciendo un dinamismo que se constituye en un proceso que se lleva a cabo, siempre, de una forma distinta y renovada. A continuación cito una serie de pasajes en los que percibimos cómo se renueva el término *Ilustrísimas* en cada una de sus apariciones a lo largo del libro. Dicha palabra ha perdido un valor de “here and now”, puesto que su significado y conexión con el resto de palabras nunca es similar ni produce el mismo sentido, sino que por el contrario, resulta en la apertura de una multiplicidad de posibles significaciones:

A mí no me quisieron hacer la colaboración de lo que me hacía falta para asistir la residencia de los Ilustrísimas [...] Lo demás está en la declamación de los Ilustrísimas, de los hombres destacados. (40) [...] De esas personas que eran familiares cercanos de mi familia, pero no de mí: escuche bien lo que le estoy hablando, al ser Ilustrísimas, que son representantes bancarios de lo que estoy al cabo ahora yo, pero no antes. (58) [...] Fíjese que desde el tiempo que a mí me tienen planeado, yo puedo estar al cabo de confirmar eso: quiénes fueron los Ilustrísimas que recibieron los informes para quedarse con las garantías legalizadas por la ley, ilegales, que las recibieron cuando el Presidente de la República postuló a la Presidencia. (59) [...] Yo estoy al cabo de quiénes son esos Ilustrísimas que representan los cargos. Y no los representa el señor Luengo que es el señor Colvin, y aunque fuera él el Rey—¿sabe por qué? —: porque es un hombre de expectativas. (64)

Observamos que la pérdida del “here and now” de la palabra produce la imposibilidad de hallar su sentido fijo y exacto. Parecería, pues, una suerte de destello inasible que no me permite fiarme como lector de aquello a lo que estoy atendiendo, ya que su valor no es único ni determinado. ¿Quiénes son en realidad dichos Ilustrísimas? ¿Son representantes bancarios, son los que poseen una residencia, son los hombres destacados? ¿Son todos lo mismo? De esta manera, se abren una serie de posibilidades y respuestas antes nuestro cuestionamiento.

En la tercera y última habla de El Padre mío la repetición del fragmento esquizofrénico revela su total relevancia, ya que en ella confirmamos que existe ‘una vez más’ para todo. En esta sección se repiten fragmentos mencionados en los dos apartados anteriores, abriéndose “a una nueva realidad

que nada tiene que ver con su anterior” (Moreiras-Menor 28). Dichos fragmentos, se engarzan y organizan de manera distinta, demostrándonos las muchas posibilidades de significación que permite el fragmento, en la medida en que éstos se transfiguran en símbolos que detonan memorias distintas y renovadas, ya no sólo dentro de cada sección, sino de todo el libro. El texto se descubre así, como la incontinencia de piezas que nos prometen una nueva imagen, una renovada perspectiva, en cada uno de sus potenciales ordenamientos.

Si bien no podemos fiarnos literalmente o intentar trazar de forma lineal significantes producidos a través del fragmento esquizofrénico, considero relevante prestar atención a la serie de “key words” (Lazarra 51) que nos proporciona su voz testimoniante. Así, me interesa analizar las palabras con las que Eltit decide cerrar el libro: “Eso es lo que les converso yo. Es algo de lo que oí hablar antes” (70). A través de ellas, percibimos que todo lo que ha sido expresado anteriormente es una reproducción de contenidos a los cuales se ha atendido previamente. Con ello, se estaría confirmando el carácter reproductor del texto, lo cual nos arroja a los lectores hacia contingencias mucho más bastas de las que percibíamos al leer los fragmentos precedentes, puesto que entenderíamos que a cada uno de ellos le corresponde una realidad distinta, con un emisor diferente para cada caso. De igual manera, esta elaboración nos permite comenzar a pensar en la multitud, en la medida en que el no-lenguaje del esquizofrénico estaría recogiendo y representando la de otros, por lo que ésta no sería percibida como única e individual, sino más bien colectiva.

Así, las posibilidades de significación se maximizan, llenándose de “desconocimientos y faltas, reco[giendo] su propia imposibilidad de suturación como marca de origen” (Moreiras-Menor 33). El padre mío sería entonces un texto que nos permite ‘re-narrativizar’ la memoria traumática, permitiéndonos oír “la desesperación del recuerdo y su insuprimible demanda de actualidad” (Richard 43).

Disolución del *yo*

Al ensayar una caracterización de los atributos que corresponden al habla de El padre mío, Diamela Eltit incluye los de apariencia y exterioridad; señalando, además, que los contenidos del texto se caracterizan por ser ornamento y fachada. Estas determinaciones introducen desde el prólogo el fundamento de que todo cuanto tenga que ver con aquél que nos narra, nunca es lo que parece. Sus palabras, pues, ocultan siempre significados, realidades e identidades que exceden a las propias:

El mismo señor Pinochet es el señor Colvin, es el mismo jugador William Marín de Audax Italiano, el mismo. Él es el señor Colvin, el señor Luengo, el rey Jorge, uno de ellos, el retirado, ya que ustedes lo vieron con bote en el Hospital Siquiátrico. (29)

Entiendo, entonces, que el texto posiciona a sus lectores en un continuo quizá y los inserta, asimismo, en un constante proceso de desenmascarar aquello que ha sido enmascarado, puesto que dentro del libro nada ni nadie es lo que dice ser, El padre mío “se desdobra y se multiplica en un sínfin de nombres repetidos, superpuestos o cambiados” (Richard 84). De ahí que Eltit explicita que el esquizofrénico “actúa[ba] el espectáculo”, pues es justamente la actuación una de las actividades primarias del texto: actúa/practica la memoria—como ya hemos mencionado anteriormente—pero actúa también una serie de identidades: “y de ahí es de donde es el señor Colvin, que el Nelson se llama allá” (44). A ello podemos atribuirle el que El padre mío deseche su *yo* como organismo a través de un habla fragmentada, para dar pie a un colectivo de voces, “lleva el ‘yo’ individual hacia un ‘nosotros’ comunitario capaz de involucrar solidariamente a sus lectores en un vital compromiso de juicio y participación histórica” (Richard 84).

El padre mío pone en jaque el concepto del *yo*, ya que como señala Lazarra “his voice is not pure but rather a filter for multiple discourses” (57) concediendo un carácter mezclado y coral a la narración. Es decir, no es sólo una voz la que nos está hablando, sino la de todo un país que se

encuentra tan fragmentado y roto como esas mismas voces que se nos presentan. A continuación cito una sección de “Su primera habla” (21), en donde observamos que resulta imposible detectar a qué sujeto^[3] corresponden los pronombres a los que se hace referencia, ya que éstos no presentan un referente al cual acudir y terminan por fundirse:

A mí me intentaron matar antes por él, ya que lo necesitó cuando mataron a mis familiares. Se deshizo de ellos porque a él no le convenía, ya que ellos fueron elegidos para despistar, porque él subsiste de ingresos bancarios ilegales, pero él es el que da las órdenes aquí en el país. (26)

No sabemos a quiénes responden los pronombres “él y ellos”, y cuando intentamos adivinar las acciones que éstos llevan a cabo, notamos que no sólo realizan una sino varias. No se nos permite crear una línea de pensamientos estables ni seguirle la pista a estos “él y ellos” ni formular, tampoco, una conexión entre éstos y sus acciones. Así, los referentes renuncian a cualquier rol protagónico y le conceden al lector la libertad de decidir quiénes son éstos para que asimile la información y la incorpore a su manera, siempre de una forma actualizada, aunque partiendo del imaginario dictatorial que produce la memoria traumática.

Continuando el trabajo con los “key words” que mencioné en el acápite anterior, podemos analizar algunos de los fragmentos propuestos por el esquizofrénico para demostrar que con la disolución del *yo* se produce la emergencia constante de identidades o constituciones múltiples y diversas del *padre mío*. Este proceso, considero, es el que antecede al nacimiento de la multitud, puesto que es en ella en lo que deviene este gran monstruo de infinitas identidades en el que se transforma el esquizofrénico a través del fragmento y su repetición.

Así, “Su segunda habla” (37) se apertura con el siguiente enunciado: “esas pruebas tengo que hacerlas yo para ser el Carlos Gardel” (39), el cual nos invita a percibir el carácter maleable del *padre mío*, su capacidad para ser otros, su deseo de “atravesar la carne total para abrirse a la subjetividad” (Negri 134). Con ello, podemos considerar también al fragmento como medio a través del cual a la

carne le es posible transfigurarse en esos otros al actuar como bisturí que la divide y la arroja hacia una “travesía constante” (Negri 134). En su incesante repetición, no sólo se estaría practicando una memoria, sino también diversas formas de “ser”, abandonando la individualidad para dar paso a la pluralidad. Si al igual que Stephenie Young consideramos al *padre mío* como a “loner, a man without community” (522) podríamos decir, entonces, que a través de esta capacidad de ser otros, de gozar del don de la ubicuidad, el texto estaría proponiendo otro tipo de comunidad que yo prefiero llamar multitud pues ésta, a diferencia de la primera, posee un potencial testimoniante antihumanista como se explicará más adelante.

Por otro lado, notamos que a lo largo del texto se repiten insistentemente las palabras *exterminio* y *silenciar* como principales mecanismos del actuar dictatorial. Considero que a través del fragmento, su repetición y la disolución del *yo*—que deviene en la creación de la multitud—se estaría resistiendo dichos mecanismos. A la realidad del exterminio se la opone, creo yo, por medio del constante nacimiento de identidades y seres que se re-producen y pueblan el imaginario de aniquilación a partir del no-habla del *padre mío*. En el caso del silencio, éste se resiste desde la infinita posibilidad de significaciones y ecos a los que conduce el fragmento y su repetición, con lo cual no cesa el estruendo de la resistencia ante el mutismo y el cierre del pasado que persigue el poder hegemónico.

Así, El padre mío parece recordar a sus lectores la capacidad que poseen de producir sentido a partir de la lectura del libro, al indicar “está en ustedes que se reúnan con numerosas personas para asistir yo” (42). Quizá con esas numerosas personas se esté haciendo referencia a los diferentes individuos que pueden tener acceso al libro o hablar de él para que el *padre mío* acuda con todas sus posibilidades de resistencia en el pensamiento de cada uno de ellos; ya que como él mismo señala en una de sus expresiones “yo llevo mi existencia en estas condiciones. Sabiendo lo que les estoy explicando yo” (69).

Multitud

De acuerdo a las diferentes descripciones que hemos planteado sobre El padre mío, podemos sostener que sería inadecuado considerarlo un cuerpo, entendiendo por tal un organismo único y estable, en la medida en que éste se encuentra atravesado por una serie de significaciones, identidades y voces. Dicho proceso se genera debido al no-lenguaje de aquel que narra, el cual se expresa por medio de fragmentos repetidos que no poseen una organización fija y definitiva, sino que, como ya se ha visto, están en constante tránsito, produciendo mutaciones de significantes y sujetos, transfiriendo lo individual a lo multitudinal.

Con esta afirmación, no pretendo llevar a cabo una objetificación del *padre mío*, sino más bien concentrarme en el tipo de testimonio que estaría proponiendo desde su práctica de la memoria, constituida no a partir de una existencia única, sino a través de muchas, lo que en este trabajo se ha denominado como ‘multitud’ debido a su esencia plural. A mi parecer, se estaría renunciando con ello a toda subjetividad humana, en cuanto a que el texto no apuesta por una reafirmación de la humanidad a partir de la prostitución del sufrimiento, sino que posibilita el despertar continuo del pasado, proponiendo una elaboración crítica del mismo.

Así las cosas, estimo pertinente pensar al *padre mío* como una suerte de carne maleable, entendiendo a ésta como entidad que posee la capacidad de adquirir nuevas formas e identidades, siempre a través del fragmento y su repetición. Esta capacidad puede ser considerada una potencia, en la medida en que la carne pugna por hacerse cuerpo constantemente, develándose no como un proceso sino “como una transfiguración, una explosión” (Negri 133), debido a que nunca alcanza la formación definitiva de un organismo único. Puede, así, modificarse y singularizar “su consistencia como resistencia” (Negri 130), a un cierre del pasado, ya que se reconoce libre en su negativa frente a todo deseo de posesión, por cuanto “es imposible aferrarlo para retenerlo” (Negri 115) dada su no-

materialidad.

Así, la carne “deviene sujeto, o más bien, sujetos; no está por principio excluido, ni es reducido a metáfora: está ahí, existe” (Negri 99) pero no como uno sino como miles a propósito de su “voluntad de potencia” (Negri 117). Dicha voluntad se traduce en una fuerza radical e invencible por cuanto pasa desapercibida, insubordinándose a la materialidad del discurso hegemónico, a la pasividad de su actuar y sobre todo al cierre de un pasado, en la medida en que su resistencia “ya no es mas sólo una forma de lucha, sino una figura de la existencia” (Negri 132).

Notas

^[1] El fragmento, de acuerdo a mi lectura, puede consistir en una palabra o la agrupación de éstas, reunidas sin respetar una estructura gramatical que produzca nociones de sentido.

^[2] El esquizofrénico que se presenta en El padre mío posee un habla que podría denominarse como perdida y catastrófica en la medida en que ésta no contiene una estructura ni mantiene una relación entre “signifier and signified” (Lazarra 47).

^[3] Me refiero al componente gramatical.

Obras citadas

Benjamin, Walter. The Work of Art in the Age of Its Technological Reproducibility, and Other Writings on Media. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2008.

Eltit, Diamela. El padre mío. Santiago de Chile: Francisco Zegers Editor, 1989.

Lazzara, Michael. Chile in Transition: The Poetics and Politics of Memory. Gainesville: University Press of Florida, 2006.

Moreiras Menor, Cristina. Cultura Herida: Literatura y cine en la España democrática. Madrid: Ediciones Libertarias, 2002.

Negri, Antonio. “El monstruo político. Vida desnuda y potencia”. Ensayos sobre biopolítica: excesos de vida. Buenos Aires: Paidós, 2007.

Richard, Nelly. Residuos y metáforas. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1998.

Williams, Gareth. The Other Side of the Popular: Neoliberalism and Subalternity. Durham
And London: Duke University Press, 2002.

Young, Stephenie. “The Remains of Testimonio” La Torre 38 (2005): 513-30. Print.